

Métodos de Teoría Política

Nosetto y Wiczorek, dirs. — IIGG/CLACSO, 2020

0. Antes de empezar

Lo que sigue es un resumen adaptado del libro *Métodos de Teoría Política* dirigido por Nosetto y Wiczorek y publicado por IIGG/CLACSO en 2020. Tenéis en el enlace el libro completo por si queréis ampliar uno u otro método. Prescindiendo de algunas consideraciones regionales incidimos en aquellos aspectos que tienen un mayor valor situado para Europa.

1. Introducción

El manual parte de un diagnóstico compartido por Leo Strauss e Isaiah Berlin a mediados del siglo XX: la filosofía y la teoría política habían perdido protagonismo frente al auge conductista en ciencia política. Décadas más tarde, sin embargo, la subdisciplina reverdece —así lo señalan Jacques Rancière y Oliver Marchart— en un contexto de agotamiento del orden de posguerra y de renovada preocupación por la democracia, especialmente en la Argentina.

Los directores, Nosetto y Wiczorek, definen la teoría política como una práctica de investigación, escritura y enseñanza —no como un cuerpo doctrinario cerrado— que se ubica en la vecindad de la ciencia política, la filosofía académica y las ciencias históricas, sin diluirse en ninguna de ellas. Su ejercicio supone una triple vinculación con el presente, el texto y la historia.

A diferencia de la investigación empírica estándar en ciencias sociales —organizada en torno a un “marco teórico” y una “metodología” separados—, en teoría política todo el diseño de investigación es de índole teórica, por lo que forzar ese esquema produce, según los autores, un “lecho de Procusto”. Esto no significa, sin embargo, que la teoría política carezca de método: como toda práctica regular, enfrenta problemas metódicos y elabora respuestas típicas que pueden explicitarse. La pregunta por el método se distingue así de la pregunta epistemológica (las condiciones del conocimiento político) y de la pregunta técnica (las tareas operativas de la investigación), ocupando un registro intermedio de prescripciones que orientan la delimitación del corpus y los criterios de interpretación.

Frente a la naturaleza polémica y plural de lo político, el libro no pretende zanjar

la cuestión del método con una respuesta única, sino ofrecer un inventario o muestrario de ocho respuestas metodológicas vigentes en la subdisciplina: la historia de las ideas, la historia intelectual, la historia conceptual, la hermenéutica, la comprensión del acontecimiento, la deconstrucción, la arqueología-genealogía y la teoría crítica. Se trata de un conjunto heterogéneo: algunas remiten a instituciones (Cambridge, el Lexicon alemán, el Instituto de Frankfurt), otras a figuras eminentes (Foucault, Derrida, Arendt) y otras a tradiciones de largo aliento (la historia de las ideas, la hermenéutica). El objetivo declarado es robustecer el “pertrecho metodológico” de quien investiga, sin forzar una elección excluyente: los propios capítulos invitan a explorar la combinación e hibridación de enfoques.

2. Historia de las ideas

Este enfoque reivindica la existencia de una tradición fundamental e ininterrumpida del pensamiento político —desde Atenas, Jerusalén y Roma hasta el presente— organizada en torno a problemas políticos perennes: la relación entre gobernantes y gobernados, la naturaleza de la autoridad, la justicia, la libertad. Su premisa central es que los grandes autores del canon (Platón, Aristóteles, Hobbes, Locke) ofrecen respuestas históricamente situadas pero transhistóricamente valiosas a esas cuestiones, lo que habilita una comprensión no relativista —y hasta cierto punto no historicista— de la política.

Institucionalmente, la disciplina se consolida entre fines del siglo XIX y las décadas de 1930-1940 en Italia (Mosca), Alemania (Meinecke), Francia (Touchard) y el mundo angloparlante, donde exiliados como Leo Strauss y Eric Voegelin —huyendo del nazismo— revitalizan el estudio de los “problemas eternos” frente al auge del positivismo. Figuras centrales son George Sabine, cuya *Historia de la teoría política* narra la evolución de tres grandes teorías (la ciudad-Estado, la comunidad universal, el Estado nacional), e Isaiah Berlin, quien defiende una “comprensión imaginativa” capaz de captar valores ajenos sin disolverlos en el relativismo.

Metodológicamente, dos posturas conviven en tensión respecto del papel del contexto: Sabine admite una relación íntima entre ideas y circunstancias sociales, mientras que Strauss propone una lectura que extrae el contexto del propio texto, evitando el historicismo, y advierte sobre el “arte de la escritura esotérica” mediante el cual los filósofos perseguidos velan sus enseñanzas más subversivas. La conclusión del capítulo resume su vigencia: la historia de las ideas ayuda a cuestionar el “menú” político disponible, pero la decisión sobre qué plato elegir sigue siendo siempre

contemporánea.

3. Historia intelectual

Asociada a la Escuela de Cambridge (John Dunn, John Pocock y, sobre todo, Quentin Skinner), esta corriente nace en la década de 1960 como rechazo a dos abordajes previos. Por un lado, al textualismo de la historia de las ideas, que reduce los textos a un contenido lógico autónomo, exponiéndose al anacronismo (como cuando Popper atribuye a Platón la intención de hacer “propaganda totalitaria”, concepto inexistente en su época). Por otro, al contextualismo unilateral (ejemplificado en Macpherson), que reduce el texto a un mero reflejo de su posición de clase, negándole capacidad de acción propia.

La propuesta de Skinner —apoyada en la filosofía del lenguaje de Wittgenstein y en la teoría de los actos de habla de Austin— sostiene que todo texto es, a la vez, un enunciado con significado y una acción con una intención (ilocucionaria) que no se deduce automáticamente de lo dicho. Comprender un texto exige entonces reconstruir tres dimensiones contextuales: la semántica (qué significaban los conceptos en el lenguaje político de la época), la pragmática (contra quién o qué se escribe) y la retórica (de qué forma se lo dice: con ironía, exageración, etc.). El estudio de casos paradigmáticos —como la reconstrucción de los diversos sentidos de “Estado” (*lo Stato*) en Maquiavelo— ilustra cómo un abordaje solo textual puede llevar a atribuir a un autor pasado ideas que ni siquiera tenía el lenguaje disponible para formular.

4. Historia conceptual

Nacida del proyecto alemán del Diccionario histórico de conceptos político-sociales fundamentales (*Geschichtliche Grundbegriffe*), dirigido desde la Universidad de Heidelberg por Reinhart Koselleck, Werner Conze y Otto Brunner en la década de 1950, esta corriente sostiene que los conceptos políticos —Estado, revolución, democracia— no tienen una historia continua rastreable desde la Antigüedad, sino estratos de significado sedimentados que deben historizarse para evitar el anacronismo.

Su hipótesis central es la existencia de un *Sattelzeit* o “período bisagra” (aproximadamente 1750-1850) en el que los conceptos europeos sufren una transformación radical asociada al paso del mundo antiguo al moderno. Cuatro procesos caracterizan esa mutación: la *democratización* (más sectores sociales participan del lenguaje político), la *temporalización* (los conceptos —como los “ismos”: liberalismo, socialismo— se cargan de expectativas de futuro), la *ideologización* (las realidades

plurales se condensan en abstracciones singulares, como “la Historia” o “el Progreso”) y la *politización* (proliferan los “conceptos contrarios asimétricos”, que jerarquizan un polo sobre otro). El método articula así un eje sincrónico (el uso de un concepto en un momento dado) con uno diacrónico (su evolución en el tiempo), y vincula la historia conceptual con la historia social. Entre sus fortalezas se cuenta el rigor analítico que aporta el anclaje histórico; entre sus debilidades, el riesgo de sobrevalorar la dimensión lingüística en detrimento de la historia social, acercándola en ese caso a la historia intelectual.

5. Hermenéutica

Con origen etimológico en el dios mensajero Hermes y desarrollo posterior a la Reforma luterana —cuando la interpretación de las Escrituras deja de estar reservada a una autoridad única—, la hermenéutica se sistematiza recién en el siglo XIX con Friedrich Schleiermacher y Wilhelm Dilthey, y alcanza su formulación filosófica contemporánea con Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer.

El capítulo plantea una tensión de fondo: ¿es la hermenéutica un método con reglas para comprender correctamente un texto oscuro (posición de Schleiermacher, quien distingue un método gramatical-comparativo y uno divinatorio, orientado a reconstruir el acto creador del autor), o es más bien un rasgo constitutivo de la existencia humana anterior a toda técnica, como sostiene la tradición heideggeriana? De esta segunda vertiente se derivan tres precauciones metodológicas centrales: el carácter circular de la comprensión (entre las partes de un texto y su totalidad, y entre el intérprete y lo interpretado); el reconocimiento de que todo intérprete parte de prejuicios o precomprensiones ineludibles; y la atención a la situación histórica desde la cual se interpreta.

6. Comprensión del acontecimiento

Este enfoque se construye a partir de la obra de Hannah Arendt, quien —pese a no formular una reflexión sistemática sobre su propio método y a resistirse a inscribirse en escuela alguna— despliega una estrategia distintiva a partir de *Los orígenes del totalitarismo* (1951). A diferencia de otros enfoques, Arendt no parte de textos sino de experiencias y fenómenos políticos concretos —el totalitarismo, las revoluciones, el juicio a Eichmann— para elaborar sus categorías.

Su punto de partida es que el totalitarismo representa una ruptura radical con la tradición de pensamiento político, que vuelve inservibles las categorías heredadas y

exige nuevos conceptos. Nutrida por Heidegger, Walter Benjamin y Kant (especialmente su noción de juicio), Arendt propone una narración fragmentaria y no causalista de la historia, que privilegia la singularidad del acontecimiento por sobre las explicaciones deterministas o teleológicas, y que busca la “cristalización” de elementos histórico-teóricos dispersos en una nueva figura de inteligibilidad.

7. Deconstrucción

Asociada al filósofo argelino-francés Jacques Derrida y ubicada dentro del posestructuralismo (junto a Foucault, Deleuze, Kristeva), la deconstrucción radicaliza premisas del estructuralismo saussureano, según el cual los signos lingüísticos no tienen relación esencial entre significante y significado, sino que se definen relacional y diferencialmente dentro de un sistema.

Presentada por Derrida en *Posiciones* (1982), la deconstrucción es definida en el capítulo como una estrategia de lectura con tres momentos: identificar una oposición binaria estable (naturaleza/cultura, hombre/mujer, habla/escritura); denunciar la jerarquía que un polo ejerce sobre el otro; y señalar el afuera constitutivo que la díada excluye para poder sostenerse. Este dispositivo de “desnaturalización” de las oposiciones conceptuales fue apropiado de múltiples maneras por la teoría política contemporánea: el posmarxismo y la democracia radical de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, el pensamiento posfundacional, los estudios poscoloniales (Edward Said, Gayatri Spivak) y el feminismo de Judith Butler, quien deconstruye la oposición sexo/género. El capítulo concluye que, más allá del lenguaje a veces hermético de Derrida, la deconstrucción ha significado una “pura ganancia” para desnaturalizar teóricamente las relaciones de dominación, y explica en parte la actual popularización del término en discursos feministas y de la disidencia sexual.

8. Arqueología y genealogía

Vinculado al nombre de Michel Foucault, este enfoque se propone superar la concepción jurídico-represiva del poder (poder = prohibición, ley, castigo) para dar cuenta de su carácter productivo: el poder no solo reprime, sino que incita, produce sujetos y organiza conductas mediante dispositivos y tecnologías específicas.

Foucault no ofrece un método unificado, pero el capítulo distingue dos niveles complementarios de análisis. El nivel arqueológico (desplegado en *Historia de la locura* o *Las palabras y las cosas*) consiste en “extrañar” lo familiar, tratando los documentos como monumentos de una civilización ajena, para describir las “positividades” o

discontinuidades de un campo de saber sin recurrir a explicaciones causales. Ante la crítica de que la arqueología es meramente descriptiva, Foucault incorpora el nivel genealógico, que indaga las condiciones sociales, económicas y políticas —contingentes, no teleológicas— que explican la emergencia y ruptura de nuevos objetos de saber, sin buscar un origen esencial. El capítulo revisa también las críticas de Jürgen Habermas y Nancy Fraser, quienes señalan en Foucault un relativismo y un “criptonormativismo” (crítica sin fundamento normativo explícito), frente a lo cual se destaca que, para este enfoque, el anacronismo no es un problema sino un recurso productivo.

9. Teoría crítica

Identificada institucionalmente con el Instituto para la Investigación Social de Frankfurt (fundado en 1923), la teoría crítica se define en oposición programática a la “teoría tradicional”, tal como la caracteriza Max Horkheimer en su texto fundacional *Teoría tradicional y teoría crítica* (1937). La teoría tradicional trata a los hechos sociales como una realidad externa al sujeto que los conoce, organizada jerárquicamente en proposiciones generales y específicas, al modo de un ejército científico. Para Horkheimer, en cambio, sujeto y objeto de conocimiento son co-pertenecientes: toda “realidad social” está ya atravesada por conceptos y precomprensiones teóricas, y toda práctica teórica es, a su vez, una práctica social situada y no neutral.

De esta impugnación se derivan precauciones metodológicas que atraviesan la obra de Horkheimer, Adorno y Marcuse: la rehistorización de procesos sociales presentados como naturales o eternos; la dislocación del saber respecto de las fronteras disciplinares estancas; y el interés por descifrar las contradicciones internas de la formación social vigente (el capitalismo, la industria cultural, la Ilustración). Renovaciones posteriores —Jürgen Habermas, Axel Honneth, Nancy Fraser— extienden este programa a nuevos objetos: la acción comunicativa, el reconocimiento, la justicia de género. El capítulo reconoce que la renuencia frankfurtiana a especializarse en un instrumental técnico dificulta aislar un “método” propiamente dicho, pero sostiene que ese proceder —rehistorizador y anti-disciplinar— constituye igualmente una perspectiva metodológica legítima dentro del muestrario de la teoría política.

10. Conclusiones

El recorrido por los ocho enfoques confirma la tesis de partida del manual: no existe un método único de la teoría política, sino una pluralidad de tradiciones con objetos, materiales y referentes propios. Cada método puede caracterizarse por un marcador

metodológico distintivo: la historia de las ideas identifica problemas perennes en las grandes obras del canon; la historia intelectual atiende a las intenciones autorales y a los efectos discursivos de los textos en su contexto; la historia conceptual controla semánticamente el uso de los conceptos a través del tiempo; la hermenéutica asume el carácter circular y prejuicioso de toda comprensión; la comprensión del acontecimiento privilegia la experiencia política por sobre el texto; la deconstrucción desnaturaliza oposiciones y jerarquías conceptuales; la arqueología-genealogía traza discontinuidades y describe positividades; y la teoría crítica rehistoriza los procesos sociales y disloca las fronteras disciplinares.

Lejos de una taxonomía exhaustiva o jerárquica, los directores subrayan que la agrupación responde a una vocación de claridad más que a la homogeneidad del conjunto: algunos métodos remiten a instituciones concretas (Cambridge, Heidelberg, Frankfurt), otros al legado de autores singulares (Foucault, Derrida, Arendt) y otros a tradiciones seculares (historia de las ideas, hermenéutica). Antes que forzar una elección excluyente entre ellos, el libro invita explícitamente a explorar su combinación e hibridación en investigaciones concretas, entendiendo que cada capítulo funciona como una herramienta metodológica autónoma pero dialogante con las demás. En definitiva, la obra propone entender a la teoría política no como una disciplina sin método, sino como un campo de prácticas que, al enfrentar reiteradamente los mismos problemas —la relación entre presente, texto e historia—, ha ido decantando un repertorio plural y en permanente renovación de respuestas metódicas explícitas.